Revista Psicoanálisis Nº 32, Lima 2026

LO MUTANTE, EL DESEO Y LA SINGULARIDAD

Isaac Herrera Kalincausky*

Me gustaría empezar este ensayo haciendo una breve reflexión sobre el concepto de "lo mutante". En primera instancia, estamos ante un término cuya etimología remite al latín *mutāre*, verbo que designa el cambio, la transformación y la alteración. Precisamente, en su raíz lingüística, *mutante* es un participio presente que lleva consigo la singular cualidad de funcionar como adjetivo y, a la vez, conservar su raíz verbal. En ese sentido, se trata de una palabra que, aun cuando califica al sustantivo, no puede deslindarse de su carácter temporal, ya que no fija una propiedad estable, sino que nombra un proceso en curso. En segundo lugar, la palabra *mutante* puede presentarse como un adjetivo sustantivado, es decir, como una figura gramatical que representa a un sujeto. Articulando estos dos elementos, podemos proponer que en el concepto de lo mutante convergen la acción, el tiempo de la acción y la figuración de un sujeto; un sujeto en estado de permanente transformación, sin forma originaria ni acabada, atrapado en un destino sin teleología posible.

Tomando en consideración esto, podríamos asumir que los seres humanos, en nuestra condición de finitud y mortalidad, somos mutantes, en tanto somos prisioneros del pasar del tiempo y testimonio vivo de las marcas de nuestra experiencia. Así, en cada vida se presenta la compleja tarea de encontrar o construir un sentido que le dé valor y significado a nuestros actos, nuestras decisiones y nuestros anhelos, a lo largo de los cambios y transformaciones que experimentamos en el tiempo. Es interesante este punto, porque es frente a la imposibilidad de detener el discurrir de la vida que los seres humanos buscamos formas de aferrarnos a ser nosotros mismos, o a quienes creemos ser, a quedar fijados en un Yo que sostenga coherentemente el sentido de nuestro sí-mismo y de nuestra historia.

---

* Analista en formación de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis. Magister en Intervención Clínica Psicoanalítica por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Licenciado en Psicología Clínica por la PUCP. Miembro de la Asociación de Psicoterapia Psicoanalítica (ADPP). Docente en el Instituto de Psicoanálisis Interdisciplinario (IPI). <isaacherrerak@gmail.com>

No obstante, si hay algo que el psicoanálisis ha aportado al pensamiento sobre el sentido de nuestra existencia es, precisamente, abrir la posibilidad de pensar que, dentro de nosotros, en nuestro psiquismo, existen fuerzas ingobernables que se imponen y se manifiestan de diferentes maneras. De hecho, la primera noción de síntoma desde una concepción psicoanalítica remite a la emergencia de un malestar como producto de la represión de un deseo inadmisible para la consciencia (Freud, 1976a). Esto, además de suponerle un carácter ético al sufrimiento —si entendemos el síntoma como una forma de responder a un conflicto—, habla de la singularidad y especificidad del mundo anímico de cada sujeto, de esos impulsos tan particulares que, paradójicamente, se encuentran fuera de su dominio. ¿Será que la encrucijada de la existencia recae en saber vivir una vida en la que aquello que más nos define y nos es más propio es también aquello sobre lo que no tenemos ningún tipo de propiedad?

Es por esto que, más allá de la mutabilidad explícita de la vida, más allá de suponer lo mutante como una característica inherente a la existencia, para una reflexión desde el dispositivo psicoanalítico, me resulta más interesante no tanto la pregunta por nuestras transformaciones en el tiempo, sino, más bien, por aquello mutante dentro de nosotros, por aquello que insiste constantemente y que no cesa, eso que se resiste a quedar fijado como identidad y que, a su vez, es, probablemente, lo más singular de cada uno: el deseo.

Sobre esto, Recalcati (2022a) se cuestiona por aquello que se pone en juego en la experiencia humana del deseo. Menciona que la raíz del deseo recae en la experiencia del "sentirse superado", es decir, que, siempre que aparece el deseo, trae consigo una sensación de pérdida de gobierno sobre el sí-mismo (Recalcati, 2022a). En esa línea, es importante no confundir la motivación con el deseo. Mientras la motivación remite más a los aspectos conscientes de la psique y se articula con los proyectos e ideales del Yo, el deseo, en cambio, siempre es de naturaleza inconsciente, en la medida en que no se experimenta como proveniente de la voluntad, sino que la supera y se vive como un tropiezo (Recalcati, 2022a). En estos términos, la experiencia del deseo supone un descentramiento radical de uno mismo, ya que nunca es el Yo quien decide el deseo, sino el deseo quien se impone como una fuerza excesiva que lo trasciende (Recalcati, 2022a). Así, desear siempre es una experiencia de alteridad, de pérdida de identidad, de división del sujeto; en última instancia, de una caída del Yo.

Del mismo modo, el deseo, tal como ha sido pensado por el psicoanálisis, tiene la característica de nunca quedar fijado en un objeto. Por el contrario, se desplaza constantemente, se reconfigura y se manifiesta abruptamente. Su naturaleza no le permite alcanzar la satisfacción plena, sino que, lejos de eso, busca mantenerse vivo a partir de conservar la falta que lo produce (Lacan, 2009; Recalcati, 2022a). Sobre esto, una de las definiciones que ofrece Recalcati sobre el

deseo es, precisamente, que este es siempre deseo de otra Cosa, en la medida en que su fuerza empuja "más allá de cualquier objeto posible, de cualquier posible satisfacción, incluyendo aquella simbólica del reconocimiento" (Recalcati, 2022a, p. 64). En ese sentido, el deseo se entrelaza con la fantasía vacía de las utopías, que suponen siempre un porvenir con la llegada u obtención de aquello que nos dé la satisfacción plena. Este punto es sumamente interesante porque la naturaleza metonímica del deseo, su mutabilidad incesante y su desplazamiento estructural muestran, en realidad, que ningún objeto del mundo logra contener aquello que el deseo persigue (Lacan, 2009). Si el deseo es siempre deseo de otra Cosa, es también porque nunca se agota en nada de lo que encuentra. En ese sentido, el movimiento del deseo revela la nada que constituye a cada objeto o, de forma más radical, que el deseo de otra Cosa roza siempre, en el fondo, con un deseo de Nada (Recalcati, 2022a). De esa manera, el deseo se presenta como mutante dentro del mundo interno del sujeto, como aquello que toma diversas formas, se impone intempestivamente y trasciende los intereses o inclinaciones conscientes del Yo, convirtiéndose en un constante desestabilizador de la economía subjetiva.

Asimismo, al igual que la pulsión, el deseo nunca responde a una necesidad fisiológica, sino que se constituye a partir de las contingencias que lo recubren de una investidura simbólica cargada de experiencias y escenas fantasmáticas de la vida psíquica (Freud, 1976b). En ese sentido, supera la necesidad y se presenta como exceso. Inclusive, la clínica nos demuestra que existe una tendencia hacia la búsqueda de goces inútiles y costosos para las personas (Freud, 1979). De hecho, hay cuadros clínicos como la anorexia, la bulimia y las toxicomanías en los que el goce aparece en su versión más destructiva. En estas circunstancias, el objeto del deseo no aparece como algo imposible de alcanzar, sino, más bien, como aquello que brinda una experiencia de placer con el potencial de destruir la propia vida. Es esa tendencia del ser humano a alejarse de su autoconservación para alimentar la experiencia del goce la que da cuenta de las consecuencias de un deseo que no ha podido ser articulado con una ley y con un sentido de responsabilidad (Freud, 1979; Recalcati, 2022a).

En este punto, el problema ya no radica únicamente en que el deseo exceda la necesidad, sino en que puede comprometer al sujeto en modalidades de goce que contradicen sus propios intereses vitales. Es justamente en esa discordancia donde se vuelve visible su dimensión conflictiva. El encuentro del deseo con el sujeto siempre supone una tensión, en la medida en que hace emerger una conflictiva entre las aspiraciones de coherencia del Yo y la insistencia de una fuerza que no se deja ordenar del todo por sus ideales, identificaciones o elecciones conscientes. El deseo es entonces aquello que descompone la ilusión de unidad subjetiva y recuerda que, en el corazón mismo del psiquismo, existe una extranjería irreductible (Recalcati, 2022a). Quizás es en esa no coincidencia

consigo mismo donde puede situarse una de las expresiones más hondas de lo mutante en la vida psíquica.

Ahora bien, si todo esto es relevante para el psicoanálisis, si la pregunta por el deseo sigue vigente, es porque este se configura de forma específica en función de las condiciones históricas, culturales y temporales que atravesamos. En ese sentido, es importante reconocer que, en una época como la nuestra, donde los imperativos de productividad, consumo y rendimiento se ubican como paradigma subyacente de la subjetividad, se sitúan también ciertas coordenadas que determinan nuestros modos de desear, gozar, sufrir y vincularnos (Han, 2012, 2014).

Sobre esto, resulta particularmente sugerente la lectura que ofrece Byung-Chul Han acerca del malestar contemporáneo. El autor plantea que el verbo modal que caracteriza el discurso capitalista es la positividad del "poder" y menciona que vivimos en una época en donde hay una explotación de la libertad que se basa en la coacción inherente al imperativo de "poder hacer" (Han, 2014). Este desplaza la coacción al interior y el sujeto hipermoderno del rendimiento deviene esclavo absoluto de su libertad, en la medida en que se explota a sí mismo a partir de la incorporación de un ideal de "poder hacer sin límites" (Han, 2014). En ese sentido, el sujeto se vuelve amo y esclavo de sí mismo. En estos términos, hay un desplazamiento del "yo" como "sujeto" al "yo" como "proyecto", un "yo" que se somete a coacciones internas que le dan la ilusión de ser libre, pero cuyos esfuerzos están orientados a buscar su realización en la optimización y la eficiencia (Han, 2014). En ese sentido, el discurso del capital promueve una ilusión de autonomía, de un Yo autogenerado y autosuficiente, capaz de lograr la plenitud sosteniéndose en los ideales del propio narcisismo (Han, 2012, 2014).

Por su parte, Recalcati menciona que el discurso capitalista sostiene la alienación del deseo del sujeto al consumo de objetos (Recalcati, 2022a). Si la naturaleza del deseo es la de nunca quedar fijado, el discurso del capital explota esta lógica ofreciendo una sucesión infinita de objetos de goce. La vorágine de ofertas de estímulos, herramientas tecnológicas, recetas, manuales de autoayuda, experiencias, etc., lleva implícita la promesa de la felicidad y la plenitud, invistiendo así a cada objeto con la ilusión de colmar aquello que estructuralmente no puede ser colmado (Recalcati, 2022a). Se podría decir que vivimos en una época de la fetichización del deseo, en tanto este tiende a dirigirse hacia objetos parciales que determinan la satisfacción de la experiencia, dejando de lado la vivencia en sí. En ese sentido, el desplazamiento estructural del deseo queda secuestrado por la lógica del consumo y el sujeto queda entrampado en una búsqueda imposible por aliviar su falta en ser (Recalcati, 2022a).

Además, advierte que una de las consecuencias más significativas de la cultura contemporánea es la creciente intolerancia a la ausencia y a la espera (Recalcati, 2022a). En una época atravesada por la conectividad perpetua y la promesa de

satisfacción inmediata, se debilita la posibilidad de sostener el tiempo como condición de elaboración simbólica del deseo. Precisamente, si la sublimación como operación simbólica de la experiencia del deseo implica una renuncia a la inmediatez pulsional para abrir un espacio más fecundo de creación y de vida, el discurso capitalista empuja, por el contrario, hacia formas de goce cada vez más inmediatas, disponibles y desprovistas de mediación (Freud, 1976b; Recalcati, 2022a). En este punto, la dificultad contemporánea para habitar la falta y la incertidumbre se torna en un rasgo esencial del sufrimiento contemporáneo (Han, 2012, 2014; Recalcati, 2022a).

En esa línea, podríamos pensar que una de las características más relevantes de la hipermodernidad radica en la disolución de los límites. Recalcati explica esta característica de la época cuando describe la caída de la función paterna como articuladora de la ley y el deseo (Recalcati, 2015), y la pérdida de los tabúes e instituciones simbólicas como estructurantes de la subjetividad (Recalcati, 2022b). En la hipermodernidad la función del límite ya no garantiza por sí misma una mediación entre el deseo y el sujeto, ya que el discurso del capital rechaza la idea de la castración como experiencia de la carencia inherente a la existencia y de la dependencia constituyente del ser humano (Recalcati, 2015; Recalcati, 2022b). En ese sentido, no elimina la falta, pero sí niega su estatuto estructural al prometer que siempre habrá un objeto más, que siempre habrá una versión mejorada de uno mismo, que nuestro jardín siempre podrá ser un poco más verde que el del de al lado (lo que implica que el de al lado siempre será más verde). En ese sentido, la movilidad del deseo, esa alteridad inasimilable que lo caracteriza, se vuelve más difícil de alojar dentro del marco de ciertos límites simbólicos que le den forma y sentido. O, dicho de otro modo, se vuelve más difícil asumir la responsabilidad de nuestros actos, tanto de los buenos como de los malos; más duro cargar con nuestras contradicciones e incoherencias; menos tolerable la frustración que nace de nuestras carencias y del no saber; más difícil el encuentro con la alteridad, el poder estar juntos, el poder elegirnos y construir una vida a partir de aquello mutante que habita en nosotros y determina nuestra singularidad, así como acoger con amor y hospitalidad eso mutante y singular que habita en el Otro.

¿Qué podría significar esto para el psicoanálisis? Que allí donde el discurso del capital busca negar el valor estructural de la falta y explotarla a través de una proliferación infinita de objetos, el análisis podría operar como un dispositivo de resistencia, de cuidado de la singularidad del sujeto y de resguardo de su deseo (Recalcati, 2022a).

Quizás todo esto nos ayude a revalorizar el estatuto del deseo para la práctica psicoanalítica. No estoy en condiciones —y no creo poder estarlo nunca— de plantear qué es lo verdaderamente importante del psicoanálisis, mucho menos

de un psicoanálisis o de un proceso psicoanalítico. Sin embargo, considero que la pregunta por el deseo dentro de un análisis implica siempre el resguardo de uno de los aspectos éticos que diferencia al psicoanálisis de otras prácticas terapéuticas: el cuidado de la singularidad de cada sujeto a partir de la subjetivación de ese deseo (Recalcati, 2022a). Quizás, acompañar a nuestros pacientes a atravesar la paradoja de poder hacer de ese deseo algo suyo, a poder hacerse responsable de él a pesar de estar fuera de su dominio, a reconocer en esa ajenidad lo más propio e íntimo de uno mismo, sea, con suerte, una de las cosas que puede devolver un análisis. O, dicho de otro modo, quizás el análisis sea la forma más radical de ayudar a nuestros pacientes y a nosotros mismos a aceptar ese poder-no-poder e intentar hacer algo con eso.

Tal vez algo de esto se halle en la célebre frase de Freud: donde era el Ello, el Yo debe advenir (Freud, 1933), no tanto por pensar en una domesticación de lo inconsciente o de nuestros impulsos, sino para advenir nosotros mismos a partir del rompimiento de nuestras ilusiones narcisistas, de la locura de ser completos, autosuficientes y perfeccionables, de sentir que la imagen, lo material y lo superfluo hablan realmente de quienes somos. Y, en cambio, nos permita vivir una vida más genuina, más humilde, un a vida que reconozca nuestras carencias y nuestra incompletud, pero que también se anime a intentarlo, que se abra al mundo para abrir mundos, con las caídas, los errores y las consecuencias que eso implica, pero también con la alegría, la satisfacción y la convicción de que esa vida que vivimos es, ha sido y será nuestra.

Referencias

Freud, S. (1893-1895). Estudios sobre la histeria. En *Obras completas* (Vol. 2). Amorrortu.

Freud, S. (1915). Pulsiones y destinos de pulsión. En *Obras completas* (Vol. 14). Amorrortu.

Freud, S. (1933). 31ª. Conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. En *Obras completas* (Vol. 22). Amorrortu.

Han, B.-C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder.

Han, B.-C. (2014). *Psicopolítica: Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Herder.

Lacan, J. (2009). *Escritos 2*. Siglo XXI.

Recalcati, M. (2015). *¿Qué queda del padre? La paternidad en la época hipermoderna*. Xoroi.

Recalcati, M. (2022a). *Los retratos del deseo*. Paradiso.

Recalcati, M. (2022b). *Los tabúes del mundo: Figuras y mitos del sentido del límite y de su violación*. Anagrama.

Resumen

Este ensayo propone una reflexión psicoanalítica sobre el concepto de "lo mutante", entendido no como una propiedad fija, sino como un proceso en curso. A partir de una aproximación etimológica y gramatical, se plantea que lo mutante puede pensarse como aquello que, en el sujeto, se resiste a quedar fijado como identidad. En esta línea, el deseo es abordado como una de las expresiones más hondas de lo mutante en la vida psíquica, en tanto introduce alteridad, descentramiento y no coincidencia consigo mismo. Asimismo, se analiza la relevancia de esta pregunta en la hipermodernidad, donde el discurso capitalista intensifica la negación de la falta y captura el desplazamiento del deseo mediante la proliferación de objetos y promesas de satisfacción. Finalmente, se sostiene la importancia ética de la pregunta por el deseo para la práctica psicoanalítica, en tanto resguarda la singularidad del sujeto.

Palabras clave: deseo, goce, pulsión, subjetivación

Abstract

This essay offers a psychoanalytic reflection on the concept of "the mutant," understood not as a fixed property but as an ongoing process. Drawing on an etymological and grammatical approach, it argues that the mutant can be thought of as that which, within the subject, resists being fixed as identity. From this perspective, desire is approached as one of the deepest expressions of the mutant in psychic life, insofar as it introduces alterity, decentering, and non-coincidence with oneself. It also examines the relevance of this question in hypermodernity, where capitalist discourse intensifies the negation of lack and captures the displacement of desire through the proliferation of objects and promises of satisfaction. Finally, it argues for the ethical importance of the question of desire in psychoanalytic practice, insofar as it safeguards the subject's singularity.

Key words: desire, jouissance, drive, subjectivation